

Enero 22, 2002

RADIOGRAFIA DEL “CACEROLAZO”

Por Agustín Saavedra Weise

El diccionario de la Real Academia Española de la lengua todavía no acepta la palabra “cacerolazo” –de inusitada popularidad en la Argentina de las últimas semanas– pero sí acepta el término “cacerolada”, al que pulcramente se adhieren los comentaristas de la TV satelital que viene desde Madrid al comentar los actuales sucesos rioplatenses.

Sin embargo y con el auge actual de la expresión, no cabe la menor duda de que el “cacerolazo” será incluido en la próxima edición del diccionario de la Academia.

El golpear ollas vacías, las castizas caceroladas y los iracundos cacerolazos argentinos de la hora presente, tienen todos un origen más o menos común y que se remonta principios de la década de los 70’ del pasado Siglo XX. En esa época y durante el gobierno socialista de Salvador Allende en Chile, la clase media de ese país optó por una singular forma de protesta: todas las noches, a determinada hora, las amas de casa hacían sonar estrepitosamente sus utensilios de cocina para protestar por el creciente desabastecimiento de alimentos y la también creciente crisis e inflación existentes.

Más allá de las maquinaciones que pudieran haber gestado Henry Kissinger y la CIA para culminar con el movimiento militar de Pinochet que derrocó al presidente Allende en septiembre de 1973, los analistas coinciden en que la huelga de camioneros y la persistencia de los repiques de ollas vacías fueron factores determinantes para impulsar la caída del régimen socialista chileno.

Casi 30 años después, las cacerolas han vuelto a tener un rol protagónico, esta vez en la otrora rica Argentina, hoy empobrecida por la acumulación de diversos factores, entre ellos una pesada deuda externa de más de ciento treinta mil millones de dólares..

Desde diciembre de 2001, el poder “cacerolero” argentino ha obligado a la renuncia del presidente De la Rúa, dos breves interinatos, lo mandó a Rodríguez Saa de vuelta a su provincia nativa de San Luis y lo tiene al actual mandatario Eduardo Duhalde en un verdadero jaque diario. Y todo a punta del repique de ollas vacías, fenómeno que se repite día tras día, noche tras noche, en todos los barrios, en todas las ciudades, en todo el país.

Duhalde y sus asesores escuchan al cacerolazo y han aprendido a tenerle respeto. En el contexto de las legítimas protestas de la clase media argentina, es un hecho que también se han infiltrado provocadores profesionales y delincuentes, pero aún así es indudable que la esencia del cacerolazo persiste como expresión única del pueblo para manifestar su descontento y deseo de cambio.

De los antiguos cabildos abiertos, se ha pasado al cacerolazo abierto. De la protesta popular común, al cacerolazo organizado. Ojo, este fenómeno no hay que tomarlo a la ligera, pues se trata de un nuevo tipo de manifestación popular, una nueva forma de expresión que está gritándole a la clase dirigente argentina (y por extensión a la latinoamericana) que tenga un cambio de rumbo, que genere una modificación sustantiva del modelo quebrado que está provocando tanto desempleo, crisis generalizada, concentración injusta de riqueza y hasta desesperación.

El retorno del cacerolazo parece ser la forma nueva de demostración popular en este tercer milenio y está probando ser tan contundente como lo fue en el Chile del Siglo XX.

Desde la Argentina el repique de cacerolas cundirá casi con certeza –no les quepa amigos lectores la menor duda–, hacia Bolivia y hacia el resto de Sudamérica. Es hora de que los dirigentes latinoamericanos pongan sus barbas en remojo y comiencen a crear ideas nuevas. El tiempo del cambio se acerca inexorablemente; la radiografía del cacerolazo nos lo está demostrando.

-----00000-----

"La crisis argentina debe recordarnos la necesidad de reformar el sistema financiero global. Y debemos empezar a través de una reforma del FMI", concluyó Stiglitz.